

LA RELIGION DE LAS TURBAS. UN ASPECTO DE LA ECLESIOLOGIA DE J. H. NEWMAN¹

John Henry Newman no quiso asistir al Concilio Vaticano I como teólogo invitado (por los obispos de Orleans y Newport), pero su asistencia invisible al Concilio Vaticano II no se dejó de notar por muchos comentaristas. El mismo Newman tenía una capacidad de percepción intelectual muy profunda de la Iglesia como pueblo de Dios desde el punto de vista pastoral y patristico, y un conocimiento de la diversidad constitutiva, a nivel local e internacional, de la Iglesia que no se ha valorado bastante.

Cuando Newman volvió del viaje mediterráneo con los Froude, fue el impulsor del movimiento conocido bajo el nombre de Oxford o tractariano. No se concibe tal movimiento sin los Tracts. En su prefacio al Tract Número 1 (del año 1833), Newman escribe lo siguiente: «La Iglesia de Cristo estaba destinada a confrontarse con la naturaleza humana en todos sus estados»¹; comentaba sobre esto en una carta a Richard Hurrell Froude, en setiembre del mismo año: «Hace poco me daba cuenta —como antes lo mismo te ocurrió a ti— que la Iglesia, por su naturaleza, es una institución popular»².

Los Tracts no iban destinados, desde luego, a la Iglesia en su totalidad. De hecho escribía Keble que no estaba satisfecho del lenguaje que hablaba la clase media y se necesitaba publicar una serie nueva para los pobres³. Pero el sueño de Newman, que animaba el movimiento, era el de una Iglesia verdadera y viva, radicada en el pueblo, sin impedimento de la estructura de la sociedad cultural inglesa del siglo decimonono. Cuando analizaban el

1 *TT*, 1, p. v.

2 A R. H. Froude, 19 de setiembre de 1833, *LD*, IV, p. 53.

3 A Newman, 5 de noviembre de 1833. *LD*, IV, p. 86. El Tract es el 5.

anglicanismo, de hecho Newman y los tractarianos se daban cuenta de la conciencia misma de la Iglesia, que reflejaba inquietantemente las divisiones de la sociedad: «Los que viven del patronato del Estado y piensan que el clero tiene que ser "gentlemen" y que la Iglesia tiene que ser apoyada por los grandes y no por la multitud, están muy abatidos, claro que sí»⁴ (Newman a su amigo Wilson). Al mismo tiempo decía a Rose: «Ahora, la Iglesia es más bien una iglesia para los aristócratas y los pobres por medio de los aristócratas, con pocos alicientes para la clase media»⁵. Era muy fácil para la Iglesia estar estrechamente relacionada con el sistema pero subordinada por el patrocinio de honores⁶, y así satisfacer a elementos de la sociedad que hacían reír mucho al señor Dickens. Pero la Iglesia sufrió, aunque tenía motivación y seriedad grandes⁷. No se entendía a monseñor Talbot en Roma cuando invitaba a Newman, en 1864, a predicar en su iglesia de la «Piazza del Popolo», diciéndole «que sacase beneficio visitando Roma y de nuevo dejándose ver por las autoridades eclesiales»⁸. La respuesta de Newman (calificado recientemente por Sheridan Gilley como «feroz»)⁹, informaba a M. Talbot que la gente de Birmingham también tenía alma¹⁰, es decir, daba más importancia al pueblo que a las estructuras eclesiales de la ciudad eterna.

Newman se daba cuenta, al ritmo de la publicación de los Tracts, que poco a poco se rechazaba el movimiento, visto como algo popular. El mismo Newman no tenía ilusiones: «Si predicamos la verdad, tiene que ser normal y popular, y se vuelve popular»¹¹. Concluye esto con el deseo, sin duda, de sostener el cristianismo primitivo como modelo para el anglicanismo¹².

Newman precisamente había publicado su historia de la crisis arriana y notaba en ella que la Iglesia primitiva se apoyaba sobre el pueblo¹³ y si miramos a la historia, «de la edad apostólica, o de

4 A F. R. Wilson, 31 de marzo de 1834, *LD*, IV, p. 227.

5 A H. J. Rose, 10 de abril de 1836, *LD*, V, p. 275.

6 «Los eclesiásticos que quieren una vida desahogada literaria a lo sumo, y aspiran a ser invitados a Downing Street o al besamanos». *Ess.* 2, p. 140.

7 *Diff.* 1, p. 292.

8 24 de julio de 1864. *LD*, XXI, p. 166.

9 *Newman and His Age*. Londres 1990, p. 335.

10 25 de julio de 1864. *LD*, XXI, p. 167. La población de Birmingham en 1851 era de 233.000 habitantes.

11 *VM*, I, p. xxiii. Cp. *Church, State & Society*, J. H. L. Rowlands. Worting 1989, p. 163.

12 *Apo*, p. 43.

13 A C. P. Golightly, 30 de julio de 1833. *LD*, IV, p. 14.

San Ambrosio, o Santo Tomás de Cantorbery, quedaba el pueblo como el fulcro del poder eclesial». Y añade agresivamente «que suceda así otra vez»¹⁴. No es verdad, en absoluto, que se dejara influir por los radicales ingleses, que el Dr. Champion proclamaba como el influjo de Voltaire y Rousseau¹⁵. No hay duda que Newman escribió al poeta jesuita Gerald Manley Hopkins, en 1887, que si era irlandés él hubiese sido un rebelde; pero hay que añadir que Newman apunta que los patriotas irlandeses nunca aceptaban las leyes inglesas desde el tiempo del rey Enrique II, y que por eso no se pueden denominar rebeldes¹⁷. Newman, por su carácter y además por razones teológicas, no dejó de pensar que una multitud confusa e inconexa podía reclamar derechos¹⁸. En su prefacio al Tract I decía que la multitud no se deja conducir ni es capaz de guiarse¹⁹, y, como masa amorfa, puede destrozarse muchas cosas sin liderazgo²⁰. Newman no era solamente un producto postrevolucionario francés en Inglaterra, sino testigo del populacho (llamado «ludista») que se deja ver en la novela de Dickens *Barnaby Rudge*. Se juntaban en su mente el ataque del liberalismo contra la verdad religiosa, y el argumento de que el pueblo era la fuente del poder legítimo²¹. Por otra parte, Newman mantenía que estaba en contra de una religión popular, por ser contraria al Evangelio, que predicaba la puerta estrecha: «No hay motivo por el que tengamos que ser partidarios de la multitud para tener razón en opiniones religiosas. Al contrario, parece cierto que las opiniones populares son más bien equivocadas y peligrosas, al ser populares»²².

Newman deseaba poner a sus feligreses en guardia contra el espíritu contemporáneo que les conducía a ciegas. De hecho era partidario de la opinión de Churchill cuando éste decía, después de la segunda guerra mundial, que nadie pretende que la democracia sea perfecta o omnisciente. En efecto, se ha dicho que la

14 A R. F. Wilson, 8 de setiembre de 1833. *LD*, IV, p. 44.

15 *The Pillars of Priestcraft Shaken*. Justin Champio. Cambridge 1992.

16 A G. M. Hopkins, 3 de marzo de 1887. *LD*, XXXI, p. 195.

17 A W. J. Walsh, 19 de diciembre de 1881. *LD*, XXX, pp. 32-3.

18 *PPS*, VII, p. 234.

19 *TT*, I, p. v.

20 *PPS*, I, p. 286.

21 *Apo*, p. 296. También hay que consultar a H. E. Manning, *The Four Great Evils of the Day*. Londres 1871, pp. 81-2.

22 *PPS*, V, p. 265. Cf. también *PPS*, I, p. 61: «Sospecho de las religiones que se dicen populares o contemporáneas. Dice Nuestro Señor que la vía es estrecha».

democracia es la peor forma de gobierno, salvo todas las otras que se han probado hasta ahora»²³. Newman se ve obligado a decir que tenía que contar con el pueblo, pero sin gusto revolucionario²⁴. Pero al mismo tiempo señaló que en el Evangelio no se invitaba a la muchedumbre a la fiesta, sino a los pobres, los cojos, los ciegos. En otras palabras, no a la muchedumbre como tal, sino al agrupamiento de individuos —los pobres, los oscuros, los analfabetos y los débiles²⁵.

Cuando empezaba a estudiar la Iglesia primitiva, notaba Newman que existía un principio de popularidad como elemento del poder eclesial²⁶ que se manifestaba en el asentimiento tenaz a las enseñanzas de la Iglesia, frente a la oposición de una parte y el silencio de otra de muchos obispos. En una frase de la *Historia de los Arrianos*, que le daba mucha pena después, decía Newman que el pueblo fue el paladín pertinaz de la fe católica y no lo fueron los obispos», pero añadió, como idea tardía: «por supuesto había grandes e ilustres excepciones»²⁷. Y cuando lo pone en su ensayo sobre «la consulta a los fieles», hace el comentario: «Lo que me anima y me consuela de la historia es la fe de la muchedumbre»²⁸. Precisamente esta fe no se puede valorar por computadora²⁹, sino que pertenece a la multitud de los creyentes y así hay algo en el «*pastorum et fidelium conspiratio*»³⁰ que no está únicamente en los pastores. Este acuerdo común de los fieles es realmente popular, aunque de menor atractivo para los sondeos.

Se puede decir lo mismo acerca de las instituciones populares de la Iglesia primitiva, ilustradas en la distribución de bienes que nos cuenta los *Hechos de los Apóstoles*. No aboga una política izquierdista, sino por una estricta fidelidad a los mandamiento del Señor. De hecho, cuando Froude duda de la posibilidad de una comunidad de sacerdotes anglicanos célibes, Newman, más práctico, responde que tienen que ser pobres a fin de evitar el egoísmo³¹.

23 *Hansard*, 11 de noviembre de 1947, c. 206.

24 *HS*, p. 340.

25 *Ari*, p. 455.

26 A. R. R. Froude, 1 de agosto de 1833. *LD*, IV, p. 18.

27 *Ari*, p. 445.

28 *On Consulting the Faithful in Matters of Doctrine*. Ed. Coulson. Londres 1961, p. 76.

29 Las computadoras, concebidas como una nueva posibilidad para consultar a los fieles. Cf. *Ecclesial Cybernetics: A Study of Democracy in the Church*. Patrick Glanfield. Nueva York 1973.

30 *On Consulting the Faithful...*, p. 104.

31 A. R. H. Froude, 2 de setiembre de 1833. *LD*, IV, p. 40.

La conciencia de la pobreza existente en la mayoría de la gente era para Newman un reforzamiento del concepto de la Iglesia que permanece cariñosamente en el corazón de la muchedumbre³². Lo descubre el mismo en la penosa labor de visitar a todos sus fieles; y anota en su agenda al principio de su ministerio: «Tengo la convicción de la necesidad de visitar a los pobres con frecuencia». Y añade: «Ellos quedaban contentos y lo alaban»³³. En total registra en su agenda 1.400 individuos y hace recordar a su hermano Frank que su madre y sus hermanas eran responsables del bien temporal de doscientos en Littlemore³⁴. Para Newman la muchedumbre no era un número impreciso, sino muchos individuos de la grey que se componía de los olvidados (cf. Mt 9, 36): la viuda, el minusválido, el trastornado, el enfermo. Dice en su homilía «*La vanidad de la gloria humana*»: «Los más pobres, los más ancianos, los más enfermos, los que no sólo viven en oscuridad, sino que son despreciados y olvidados, que no parecen tener una razón de existir, sino que su muerte no se siente como perdida»³⁵. Y en otra homilía: «La viuda y el huérfano, el enfermo, el desamparado, la beata, se juntan en la oración, son la fuerza de la Iglesia»³⁶. Son éstos los que nos recuerdan lo que es la multitud.

Nos interesa que para Newman la muchedumbre sencilla y devota expresa su fe en el culto divino, y anota en el prefacio de los Tract que tienen un aliciente tanto la reunión de los metodistas como el culto solemne de los católicos, a los que llama Newman «las amas de leche de los niños abandonados»³⁷. Anota también que hay una reacción instintiva cuando se proponen cambios o modificaciones en la liturgia³⁸. Los defensores de tales modificaciones suelen hablar en términos de superstición, como antaño los fariseos que llamaban «maldita a la muchedumbre que no conocía la ley» (Jn 7, 14). Los sucesores eran los reformadores jansenistas, como el español Blanco White, que censuraban las ora-

32 A H. J. Rose, 10 de abril de 1836. *LD*, V, p. 275.

33 2 de agosto de 1824. *LD*, I, p. 181. Escribe Newman a su hermana Harriet, el 26 de agosto de 1824, que eran pocas las casas en que no se le informaba del nombre del dueño». *LD*, I, p. 186.

34 A F. W. Newman, 8 de setiembre de 1834. *LD*, IV, p. 330.

35 *PPS*, VIII, pp. 183-4.

36 *PPS*, III, p. 333.

37 *TT*, I, p. iv. Newman se persuade de hacerse socio de la Bible Society porque «libremente admite a los pobres» (Birmingham Oratory Archives A 9 IE [abril 1829]).

38 *PPS*, II, p. 77. Newman también quería himnos populares. *LD*, XVI, p. 289.

ciones al Sagrado Corazón, por ejemplo, tratándose de oraciones sencillas y populares³⁹.

Hay riesgo en nuestro mundo de que tratemos de remediar nuestra sociedad eliminando también, lo que escandaliza a los árbitros de la opinión pública. Cuando al fin empezó Newman a aplicar el catolicismo a los anglicanos, le parece que «la religión de la multitud es siempre vulgar y anormal, tal como están los hombres, siempre teñidos de fanatismo y superstición. La religión del pueblo está siempre corrompida, a pesar de las promesas de la santa Iglesia»⁴⁰. No se puede crear una muchedumbre como un patrón bien cortado: hacer esto significa un saneamiento de estilo nazi. Tenemos que aceptar muchos peces en la red «Una muchedumbre mezclada —dice Newman—, unos, muy santos, acaso dignos de canonización; otros, pecadores penitentes; también otros, una mezcla de peregrino y mendigo, mitad gitano o tres cuartos fiel compañero»⁴¹. Cuando el arzobispo Wiseman regresó a Inglaterra como primado de la nueva jerarquía en 1850, calmó los temores de los anglicanos diciendo que no venía a usurpar el territorio de la abadía de Westminster, sino «esta gran muchedumbre innumerable, nominalmente católica: ésta es la parte de Westminster que yo deseo»⁴².

Newman, por su cuenta, da ejemplos de la naturaleza heterogénea de la muchedumbre que puede parecer a los anglicanos «*piis auribus offensiva*»: «Se entra en una iglesia en día de fiesta y se ve una vieja muy débil que hace una reverencia ante el Santísimo y al mismo tiempo le roba a su compañera el pañuelo o el misal cuando ésta estaba orando. Decís que esto es insoportable e indefendible y tenéis razón, ¿y esto qué prueba? ¿Que en Inglaterra no hay ladrones? ¿Que esta viuda no es creyente? ¿O es que el catolicismo la ha hecho así?»⁴³ Pero precisamente la Iglesia, siendo una religión de la multitud, tiene que producir buenos y malos. Lo que tiene fuerza para animar a la gente culta y santa también tiene aplicación para la muchedumbre y la religión de la muchedumbre es siempre vulgar y anormal cuando los hombres son tal como son»⁴⁴.

39 Martin Murphy, *Blanco White*. New Haven 1989, p. 23.

40 *Diff*, 2, p. 81.

41 *Diff*, 1, p. 280.

42 «An Appeal to the Reason and Good Feeling of the English People on the Subject of the Catholic Hierarchy», *The Times*, Londres, 20 de noviembre de 1850.

43 *Diff*, 1, pp. 284-6.

44 *Call*, pp. 216-7 (su novela del siglo III).

La Iglesia de la multitud, por su naturaleza, tiene que llamar a nuestras grandes mayorías no cultivadas en su fe (utilizando las palabras de Segundo Galilea)⁴⁵. Si no tenemos la mira puesta en la muchedumbre como tal, de hecho estamos seleccionando dentro de la Iglesia. Dice Newman que la muchedumbre es como los peces saliendo por su cuenta en desorden de la red de Pedro⁴⁶. Si no hay esta diversidad fortuita, no puede darse el desarrollo del dogma y tampoco habrá una libre elección de oraciones si no hay la misma fe en toda la multitud. Precisamente cuando se ve un elitismo, se nota también una rigidez en materia de oraciones.

No fue casual que Newman elogiase a la Iglesia anglicana como madre, en su última homilía como pastor. Trataba del mismo tema antes, cuando decía: «La nueva Jerusalén no se limita a su lugar; siendo ella la madre de todos nosotros, está en todo pueblo y aldea donde uno quiere que permanezca en su corazón». Sólo si la Iglesia es la Iglesia de la multitud puede ser un hogar⁴⁷, como dice el Papa en *Redemptoris Missio*: «La Iglesia abre sus puertas y se convierte en casa para que todos entren y se sientan como en casa, guardando sus tradiciones y su cultura»⁴⁸. La cuestión candente acerca de los límites de la inculturación depende en parte de este concepto, de la Iglesia de la multitud; porque si no lo es, ¿qué criterio se puede aplicar para admitir una praxis cultural y exceptuar a otra cuando se hace una selectividad eclesial? Avery Dulles apunta muy bien que se halla en Newman el pensamiento de que únicamente la fuerza de la Iglesia puede juntar en unidad elementos que en otro sistema teológico no son compatibles⁴⁹.

Cuando recordaba la serie de los Tracts, Newman reflejaba que sus escritores deseaban «que nuestra Iglesia fuese fiel a sus principios católicos y así favorecer el espíritu católico»⁵⁰. Siempre pensaba Newman desde el principio del movimiento tractariano que había de ser algo mayor que la iglesia establecida⁵¹, y al final encontraba que no se podía dar a la Iglesia anglicana el ingrediente que la transformase en Iglesia de la multitud. Dulles opina

45 *Religiosidad popular y pastoral*. Madrid 1979. p. 21.

46 OS, p. 55.

47 MS, Sermón 425, p. 19 (en los archivos del oratorio de Birmingham).

48 *Redemptoris Missio* 1990, n. 24.

49 *The Catholicity of the Church*. Oxford 1987, p. 78.

50 Anónimo 6 de marzo de 1842. KC, p. 186.

51 Apo, p. 40.

que desde la Reforma «aún los que se llaman católicos han perdido algo del universalismo de la tradición católica»⁵².

Lo sentía Newman al visitar el Duomo de Milán (del cual guardaba un grabado) en su viaje a Roma para cantar misa. Antes, la visita a las iglesias católicas le producía confusión y un cierto desdén, pero ahora le impresionaba la catedral como el «locus multitudinis». Escribe a Henry Wilberforce que la catedral «es un mundo donde la gente hace lo suyo, pero que esto es religioso: hay grupos de fieles y solitarios; unos de pie, otros de rodillas; unos escuchando la misa, otros comulgando; corrientes de fieles pasando y repasando; los altares iluminados como estrellas en el firmamento; el tañido de la campana dando noticia de lo que se ve, y todo el tiempo los canónigos están rezando maitines, o laudes, o vísperas, y se ve el incienso ascendiendo del altar principal; todo esto sin aparato y esfuerzo, ya que se acostumbran todos y todos hacen su trabajo»⁵³. Cuando escribe su novela *Loss & Gain* emplea la analogía musical, diciendo que los feligreses están como un *Panharmonicon* (un instrumento musical automático), con todas partes en armonía, pero lo notable es que se muevan por sí mismos⁵⁴. Para los intrusos, los fieles en la catedral parecen estar desorganizados, pero la confianza y falta de reverencia externa que recoge tanta gente diversa indica, por cierto, que es una iglesia de la multitud, «porque toma posesión de todas las clases, jóvenes y ancianos, cultos y vulgares, hombre y mujer; es la obra del único Espíritu que convierte la multitud en una»⁵⁵.

La iglesia de la multitud tiene que cruzar las fronteras y ser reconocida como tal: «No ha habido una hora desde el principio en que su nombre no sea conocido por la multitud y no sea el catolicismo un nombre universal»⁵⁶. Cuando esbozó una serie de conferencias en 1875 (nunca pronunciadas) notaba Newman que no es cuestión de la elección universal, sino que la iglesia de la multitud tiene la capacidad de ajustarse a todas las razas, clases y gobiernos, y añade: «Mira cómo se difunde en América, y en contraste las sectas y las otras religiones son locales»⁵⁷. Había notado antes, en un esbozo de una homilía, que esta extensión geográfica

52 Dulles, op. cit., p. 88.

53 24 de setiembre de 1846. *LD*, XI, p. 253 (cf. *LD*, III, p. 268 también).

54 *LG*, p. 426.

55 *LG*, p. 427.

56 *Mix*, p. 129.

57 *Lectures on the Christian Church*, octubre de 1875. *MS*, A.46.3. (Archivos de Birmingham).

era única —aún los imperios terrenos no se difunden tan extensiva y diversamente⁵⁸—, pero esta Iglesia es de toda tierra⁵⁹.

La Iglesia de la multitud tiene que ser real, no meramente teórica; lo que aclara el deseo del joven Newman de visitar no solamente a los pobres, sino a todos sus filigreses⁶⁰. Y comenta, en un párrafo famoso, que «la Iglesia querría salvar más a un bandido salvaje de Calabria, a un mendigo de Palermo gimoteando, que construir centenares de millas de ferrocarril en toda Italia»⁶¹. La razón es que «La Iglesia contempla todas las partes, no las masas; los hombres, no la nación; los individuos en primer lugar, no la sociedad en general»⁶². Precisamente son los individuos incómodos, inclasificables, los que sienten una atracción hacia la Iglesia que les pertenece; y así es un hogar para la multitud.

Esos sentimientos se pueden ver como un desarrollo de la creencia de Newman sobre la comunión de los santos. En febrero de 1839 predica lo siguiente: «El cristiano, como tal, tiene en todas partes las mismas tentaciones y los mismos sentimientos, siendo inocente o culpable; así que todos estamos vinculados, como miembros de un cuerpo bajo una sola cabeza, en el único cuerpo, y creemos, obedecemos, pecamos y nos arrepentimos todos en común»⁶³. La Iglesia, de hecho, como comunión de los santos, tiene que reflejarse en la comunión de los miembros actuales. Así que, «aunque nos parece ser solitarios, no lo estamos. Pocos de los que viven ahora pueden entenderlo ni perdonarnos, pero hubo una multitud en los primeros años de la Iglesia que creían, enseñaban, como lo hacemos nosotros»⁶⁴.

Owen Chadwick opina que Newman proponía una teología idealista de la Iglesia y que el ideal sobrepasaba el uso⁶⁵, pero por el contrario, el cardenal no fue visionario de este modo. Escribe el jesuita Whitty (perito en el Concilio Vaticano) que la Iglesia mueve como una totalidad; no es una mera filosofía, sino una comunión⁶⁶. Cuando llegaba la definición de la infalibilidad papal, no la recibe Newman como algo filosófico, sino como algo que brota de la Igle-

58 *SN*, p. 33.

59 *Mix*, p. 145.

60 A su madre, 28 de julio de 1824. *LD*, I, p. 180; a su padre, 9 de agosto de 1824. *LD*, I, p. 184.

61 *Diff*, I, p. 240.

62 *Diff*, I, p. 236.

63 *PPS*, V, pp. 121-2.

64 *PPS*, III, p. 386.

65 En *Cardinal Newman*: Susan Foister. Londres 1990, p. 7.

66 Carta de 12 de abril de 1870. *LD*, XXV, p. 23.

sia «pueblo de Dios». Comenta a Ambrose Philipps, en 1870, que «si la definición se recibe al final y consecuentemente por el *corpus christianorum* como válida, o como expresión de una verdad, también nos pide nuestro asentimiento por la fuerza del aforismo «*securus judicat orbis terrarum*»⁶⁷. Muchos han visto en el comportamiento de Newman un apoyo a una teología demográfica, es decir una teología del consenso mayoritario. Pero Newman veía en la definición, cuando al final aparece promulgada, una respuesta auténtica de la multitud como tal, que de hecho podía ayudar a una cohesión más estrecha entre las partes constituyentes del pueblo de Dios.

Siempre hay un peligro: que seleccionemos nuestro punto de vista eclesial para admitir a los juzgados como más idóneos y más compatibles con nuestras preferencias porque no queremos enfrentarnos al escándalo no solamente de la cruz, sino más bien de la vulgaridad. La Iglesia no es «una estructura ideal, estereotipada, como una fábrica limpia y mecanizada, sino una comunidad de voluntades en conflicto y personalidades llenas de fallos y estupideces, con arrogancia y belleza al lado»⁶⁸.

Una religión de la multitud tiene que ser esto, y en el contexto de la Europa moderna se ofrece como un ejemplo de universalismo para que todas las naciones puedan encontrar un hogar común, retirándose del nacionalismo destructivo que nos ha azotado durante dos guerras mundiales⁶⁹. También milita en favor de un verdadero consenso, que nada tiene que ver con la tiranía de mayorías o minorías, sino que escucha a los que no tienen voz, siendo el *am ha-ares*⁷⁰ de todos los tiempos. No es que los analfabetos tengan más influjo, sino que nos recuerda que la Iglesia se compone de toda esta multitud de individuos, teniendo valor único en la presencia del Padre, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos (Mt 5, 45).

JOSEPH TOLHURST

The Oratory, Birmingham, England

67 Carta de 24 de julio de 1870. *LD*, XXV, p. 165.

68 *HS*, II, p. 229.

69 Adam Zak, 'L'Uomo nell'Europa dell'Est', *Civiltà Cattolica*. 20 de junio de 1992, p. 586.

70 J. Alberto Soggin, *SCM, A History of Israel*. Londres 1984, p. 314.

N. B. Las siglas de las obras de Newman son las de J. Rickaby, *Index to the Works of John Cardinal Newman* (London 1914).

SUMMARY

John Henry Newman was the unseen inspiration of the ecclesiology of Vatican II. This essay attempts to trace the evolution of his thought concerning the diversity which goes to make up the Church. From the time of the *Tracts*, Newman begins to consider the *popular* nature of the Church. It is exemplified in the early Christian communities and was seen practically by Newman, the pastoral clergyman. There is something uncomfortable about the religion of the multitude, which includes the pilgrims and robbers, but without such diversity there cannot be growth in doctrine, nor can such diverse elements be held together unless the Church is a house in which all may enter. This has much to offer to our society as it struggles to find unity amid diversity.